

y de lo humano, como la glorificación de las criaturas en Cristo y por Cristo, que es el punto de vista de Schleiermacher. A pesar de las tendencias de este gran teólogo y de su espíritu liberal, sus más ilustres discípulos no fueron, llegadas las supremas crisis políticas, fieles al espíritu del maestro. Nitzsch se afilió al partido conservador y Ullmann al partido puramente reaccionario.

Donde la reacción tuvo su ideal y su doctrina, fué principalmente en la escuela llamada la nueva ortodoxia, que de un rasgo quería suprimir todo el siglo décimo-octavo, toda la filosofía moderna, toda la crítica histórica, y volver á la concepción de Cristo y de la gracia, y del pecado, y de la libertad, tal como la guardaba en su doctrina y en su historia el siglo décimo-sexto.

CAPITULO XXXVII.

LA REACCION ORTODOXA.

Las tendencias de la escuela de Schleiermacher, y sobre todo de sus discípulos de la derecha, llegaron á extremarse, más allá de los límites de todo lo justo, y á producir una reacción religiosa, cómplice y sierva de la reacción política. El siglo décimo-nono, como renegando del siglo anterior, se despertaba á la vida entre conjuros y oraciones. La guerra de la Independencia en España, que habia servido como de norma y enseñanza á todos los demás pueblos, superficialmente conocida y estudiada, aparecia como un milagro de la antigua fé religiosa. Ignoraban los políticos casuistas que Napoleon venció cuando peleó con los reyes, y fué vencido cuando en la pelea se encontró con un pueblo. El error de los protestantes más liberales que habian convertido su doctrina en patrimonio de aristocracia inteligente, dió pronto sus amargos frutos, y trajo pronto la necesidad de despertar el sentimiento religioso en pueblo abrumado con el sueño de la materia, como se despertara entre los primeros irruptores bár-

baros, con doctrinas materialistas, con sobrenaturales milagros, con libros legendarios, con todo cuanto indica la infancia de la civilización y el apocamiento de la conciencia. Y así como De Maistre empleaba toda la fuerza de su áspera dialéctica y todo el peso de su severo estilo para volver hácia el ideal teocrático de la Edad Media, los protestantes ortodoxos empleaban todas sus fuerzas en volver hácia el puro ideal del Renacimiento y de Lutero.

Los reyes favorecian, no ya de grado, sino de corazón, estas abjuraciones de nuestro siglo. El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de los reyes; los esclavos de la fé heredada ni piensan, ni raciocinan, ni protestan; y alargan la cerviz material á la coyunda monárquica despues de haberse rendido y resignado á la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas, largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban á los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que

Cisneros bautizaba á los moros en Granada, vertiéndoles encima el agua del bautismo, obligándoles á ceñirse el sayal cristiano, sin preguntarles para nada dónde ponían su voluntad y su conciencia. Después, como bajo las lavas y las cenizas del Vesubio se han conservado las ciudades antiguas, por lo mismo que no tenían aire, bajo las cenizas y las lavas de la revolución religiosa habiéndose conservado las escuelas pietistas, preservadas enteramente de las ideas modernas, adscritas á todo lo pasado, llenas de aspiraciones reaccionarias en todas las esferas, trémulas bajo la idea de la culpa, enemigas de toda la poesía moderna, excomulgadoras de toda la moderna ciencia, condenando la razón al error, la voluntad al mal, y arrastrándose en fervorosa idolatría ante el sentido material de la Biblia para no ver sino aquello que convenía á la absurda restauración de los antiguos reyes en los mermados tronos, y de los antiguos sacerdotes en las emancipadas conciencias. Adoradores de la Santa Alianza, pietistas intolerantes de Guttenberg y Basilea, teólogos asalariados en las cortes de Berlín y de Dresde, viejos luteranos que habían cerrado su espíritu á todo el aire de la vida moderna, emisarios de Metternich, enviados por doquier á someter las almas como se habían sometido los cuerpos, todas las aves nocturnas que viven y medran al amor de las sombras en las espesas noches de la historia, todas se conjuraron para pervertir la conciencia de las naciones y entregarlas fácilmente á las ligaduras de las más pesadas cadenas.

Parece imposible; mas un hombre que había nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que teólogo, y tribuno de club y de plebe, rudo campesino del Oeste del Holstein, hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje, poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado por conciencia, inquieto

en su vida y múltiple en sus profesiones, sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario, dotado de ingenio pedagógico, rico de antítesis bruscas, propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reacción religiosa y llamó Ante-Cristo á la razón, como se lo habían llamado á los Nerones los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la antigua religión un púlpito por esa religión levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia con el espíritu del siglo; y rechazó toda explicación natural dada á la Biblia, diciendo que solamente era digna de fé la palabra de Dios en sus literales y materialísimos sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria á la lógica, y todo poder intermedio entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y toda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religión protestante y la monarquía absoluta.

Después de esto ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas, en la vuelta al siglo décimo-tercio, en la apoteosis del Papa, en la restauración del Infierno, en los delirios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reacción entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse en la barca donde había permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religión de la Reforma, de la conciencia, de la libertad, de la interpretación individual en las lecturas evangélicas, había caído en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstenberg sostuvo la reacción religiosa y política con menos entusiasmo, pero con más ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido

materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores católicos. Su vocación fué el periodismo y el periodismo insolente, desvergonzado, libelesco, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que expía á todos los libre-pensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra á la picota contando con la complicidad y la satisfacción de las autoridades políticas, que ya en la picota, agarrotados, espirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Figúraos un Veuillot, sin su ingenio y sin su estilo, y tendréis una imagen fidelísima del escritor evangélico. Babea sobre la literatura clásica, henchida, según él, de paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama frívola, y lijera y calaveresca á la Francia moderna; niega toda autoridad á la razón y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo, y califica á la teología sentimental de rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religión. Y no le basta con la reacción religiosa; sostiene también la reacción política más desenfundada é insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al rey y á la reina; porque para este piadosísimo cristiano el rey y la reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parecele in-

soportable tiranía orar por las cámaras según los preceptos de la Constitución y los rescriptos del rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre examen y de la revolución política, consagrada á regatear tributos al monarca, y á encender pasiones en el pueblo; llena de reformadores que son al fin y al postre con toda su apariencia de sensatos, dementes, demagogos. El clero sólo debía orar por la Cámara de los señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarian fuego en todas las Universidades á todos los simulacros de la Divina razón, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separación de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro de su autoridad se forja; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para el dominio material del mundo.

Todos estos insensatos podían libremente entregarse á sus insensateces, renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios; suprimir la libre voluntad sin comprender que suprimían al hombre. Su rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuración para oprimir y envilecer á su tiempo, demostraba con qué razón, con qué derecho, con qué verdad había sostenido el siglo décimo-octavo el salvador principio de la incompatibilidad absoluta entre las iglesias intolerantes y las modernas libertades.